

Beneficencia y caridad en la crisis de la Restauración

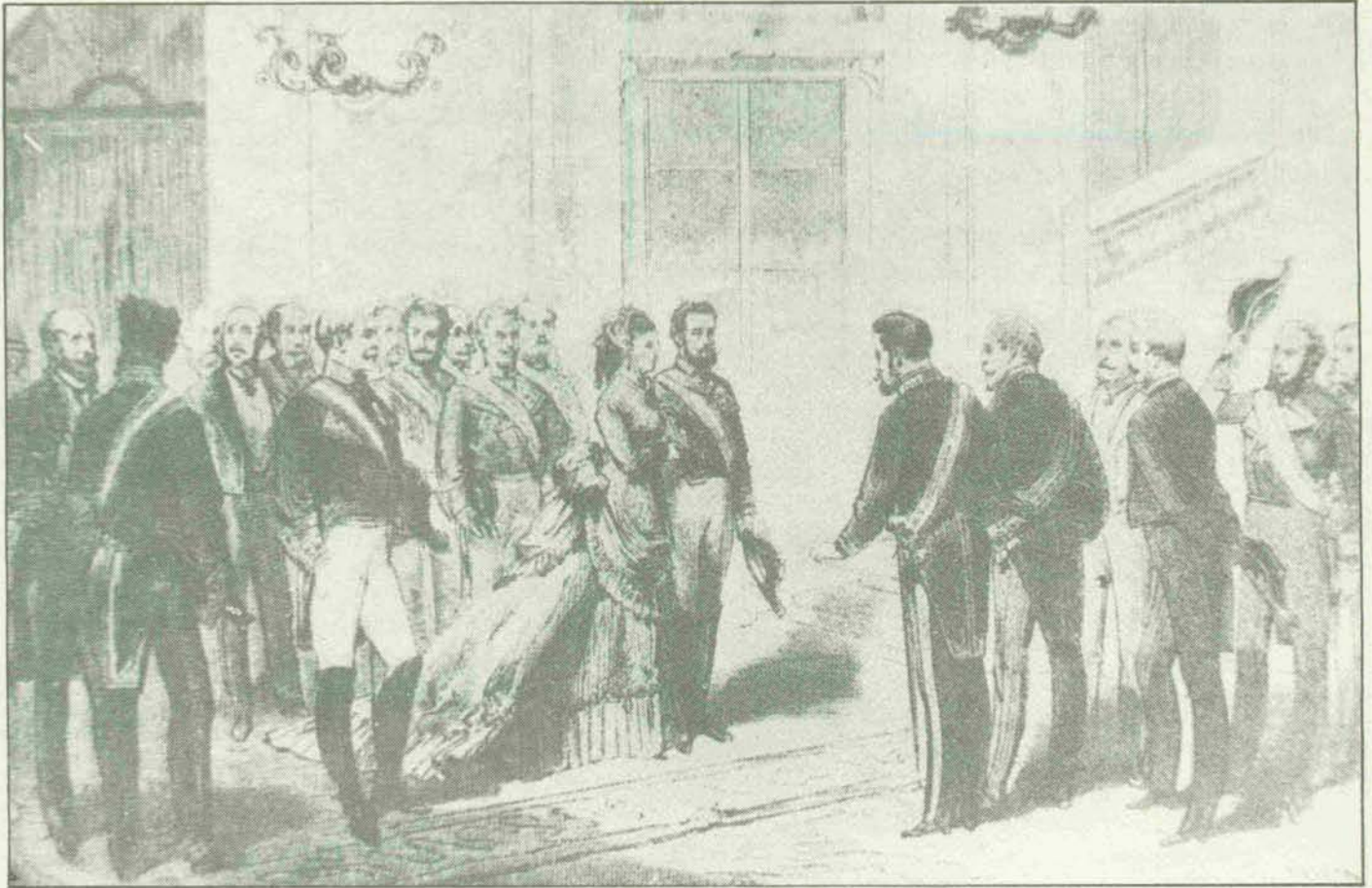
La mujer "social"

Mercedes G. Basauri

POR tradición, las mujeres de la aristocracia y de la burguesía, e incluso algunas de clase media, se han venido ocupando de las llamadas obras de caridad y beneficencia. Este tipo de actividades solía consistir en procurar mejoras materiales a las clases más necesitadas, al tiempo que se les intentaba dar alguna formación religiosa y catequística.



Detalle de la fiesta organizada por la Junta de Senoras del Taller de Santa Victoria (Asociación de Santa Rita) y la Real Asociación de Beneficencia domiciliaria. A esta fiesta asistió la Infanta Doña Isabel. («Nuevo Mundo», 13 de junio de 1919).



Llegada de SS.MM. los Reyes, Don Amadeo y Doña Victoria al Palacio Real de Madrid. (De «La Ilustración Española y Americana», 1871).

LAS mujeres que se empleaban en este tipo de actividades pertenecían a una categoría económica y social que les permitía poner parches caritativos allí donde la justicia social no llegaba a existir. Al mismo tiempo, disponían del tiempo libre suficiente —por no realizar trabajos extradomésticos y por contar casi siempre con servidumbre—, como para no descuidar los deberes de su propio hogar y de la familia. Se ha insinuado en algunas ocasiones que estas mujeres buscaban en las obras de caridad una manera honorable de distraer sus ocios y de contar con una cierta libertad de movimientos más allá de los muros de sus casas. Estos razonamientos, efectivamente, debieron contribuir en buena medida a que muchas señoras se afanaran por pertenecer a tal o cual asociación, patronato o junta, pero no debe

creerse que esta motivación fue única. La evidencia de que existían unos seres con muchos menos privilegios que ellas, a los cuales había que apartar del camino del rencor y de la hostilidad hacia las clases altas, a la vez que eran almas que «salvar», debió de influir en la consecución de estas actividades. Se trataba, pues, de acallar la mala conciencia de los que se sabían a sí mismos poderosos y al amparo de la desgracia, al tiempo que se tendía un puente hacia la «armonía social». Por otra parte, el cristianismo había justificado la existencia de pobres y ricos y de las desigualdades sociales, tratando de suavizarlas por medio del amor al prójimo y de la caridad.

Curiosamente, la Iglesia siempre vio en la mujer, antes que en el varón, el principal artífice de las obras benéficas

y caritativas. Se señalaba que ella era más apta porque la naturaleza la había dotado de mayor capacidad para el amor, el sacrificio y la abnegación. Pero lo cierto era que no todos los hombres, aun los católicos practicantes, hubieran podido atender estas obras del modo en que lo hacían las mujeres. En el hombre existía el deber de trabajar, contribuir a la prosperidad de la familia con su salario y hacerla respetable socialmente. Si bien tenía las mismas obligaciones religiosas que la mujer, no se le podía pedir que además se ocupase activamente de esos problemas. A la mujer burguesa y aristócrata, sin embargo, que sólo tenía un papel en la sociedad en virtud de la posición que en ella ocupara su padre, esposo, etc., se le ofrecía un campo de actividades mucho más limitado, mucho menos rico y brillante. Por ello, las



Fiesta organizada en Madrid por las Damas Catequistas, con asistencia de S.M. la Reina Doña Victoria Eugenia. («La Esfera», 1921).

mujeres podían caer fácilmente en el aburrimiento, en el ocio excesivo que podía conducir las a la frivolidad desmesurada, cuando no al arriesgado camino de la voluptuosidad (1). Por ello la religión, las obras caritativas, el contacto con todo lo piadoso, venían a cubrir un espacio de energía vital desaprovechada por la sociedad y por la misma Iglesia, al margen de las ocupaciones maritales y filiales. El P. Casanovas lo intuía claramente cuando afirmaba que «en algunas o en muchas (mujeres), el ministerio de la caridad llenará toda una vida, que

(1) Es sintomático, en este sentido, el caso de Ana Ozores de Quintanar que nos retrata Clarín en *La Regenta*. Ella representa un caso entre miles de la mujer con las necesidades económicas cubiertas, que trata de rellenar la frustración de su vida como ser humano oscilando entre delirios místicos y ensueños eróticos adulterinas.

de otra suerte resultaría vacía para ellas mismas e inútil para la sociedad y la religión» (2).

Por otra parte, con el advenimiento de la sociedad industrial, la legión de menesterosos, indigentes y pobres de todo tipo que el Antiguo Régimen había considerado inherente al orden social, empieza a ser observada por algunos como algo no inevitable, sino producto de unas estructuras económicas determinadas que se podían cambiar. Los socialistas, entre otros, desmintieron el carácter irreversible de este estado de cosas y no dejaron de denunciar la caridad ejercida por las diversas entidades

(2) Casanovas, I.: *Estudios sociales*, en el que se recoge la segunda edición de *Acción de la mujer en la vida social* (1914). Barcelona, Edit. Balmes, 1952, p. 76.

piadosas y religiosas, como una forma de enmascarar la explotación que esas mismas entidades toleraban. En este punto de desarrollo social, la caridad y la beneficencia ya no podían basarse, y los católicos así lo comprendieron, en una simple buena acción por medio de una limosna o de una visita a los enfermos. Ahora había que emplear otros medios para estrechar los lazos con los más desfavorecidos, «clientela» objetiva y potencialmente proclive a pasarse a las filas de los revolucionarios y a aumentar, en consecuencia, el número de almas destinadas al fuego eterno.

En su táctica de acercamiento a las capas populares, la mujer era a la vez protagonista y objetivo principal. Su papel protagonista ya lo hemos señalado, y en cuanto a ser con-

siderada como la esencial destinataria de esta maniobra, es fácil comprender que la mujer obrera estaba mucho menos preparada que el hombre para librarse de los halagos paternalistas que intentaban atraerla. Casanovas, por ejemplo, opinaba que a «los hombres, llenos ya del espíritu socialista, y en gran parte aprisionados por las cadenas de su organización, es más difícil guiarlos por este camino de la equidad y de la paz social; mas en la esfera de las mujeres, donde gracias a Dios todavía no ha penetrado ni la asociación ni las ideas enemigas, queda para los católicos el campo mucho más expedito. Tenemos, además, la ventaja de que, generalmente, es aún religiosa la mujer entre nosotros, y por lo tanto, dispuesta a recibir un sabio y prudente impulso organizador que venga del campo católico. Lo que pasará mañana,

cuando la irreligión y la inmoralidad la hayan maleado, tal vez lo lloraremos sin esperanza de remedio, y lamentando nuestra inepticia en aprovecharnos oportunamente de los medios que teníamos a la mano» (3).

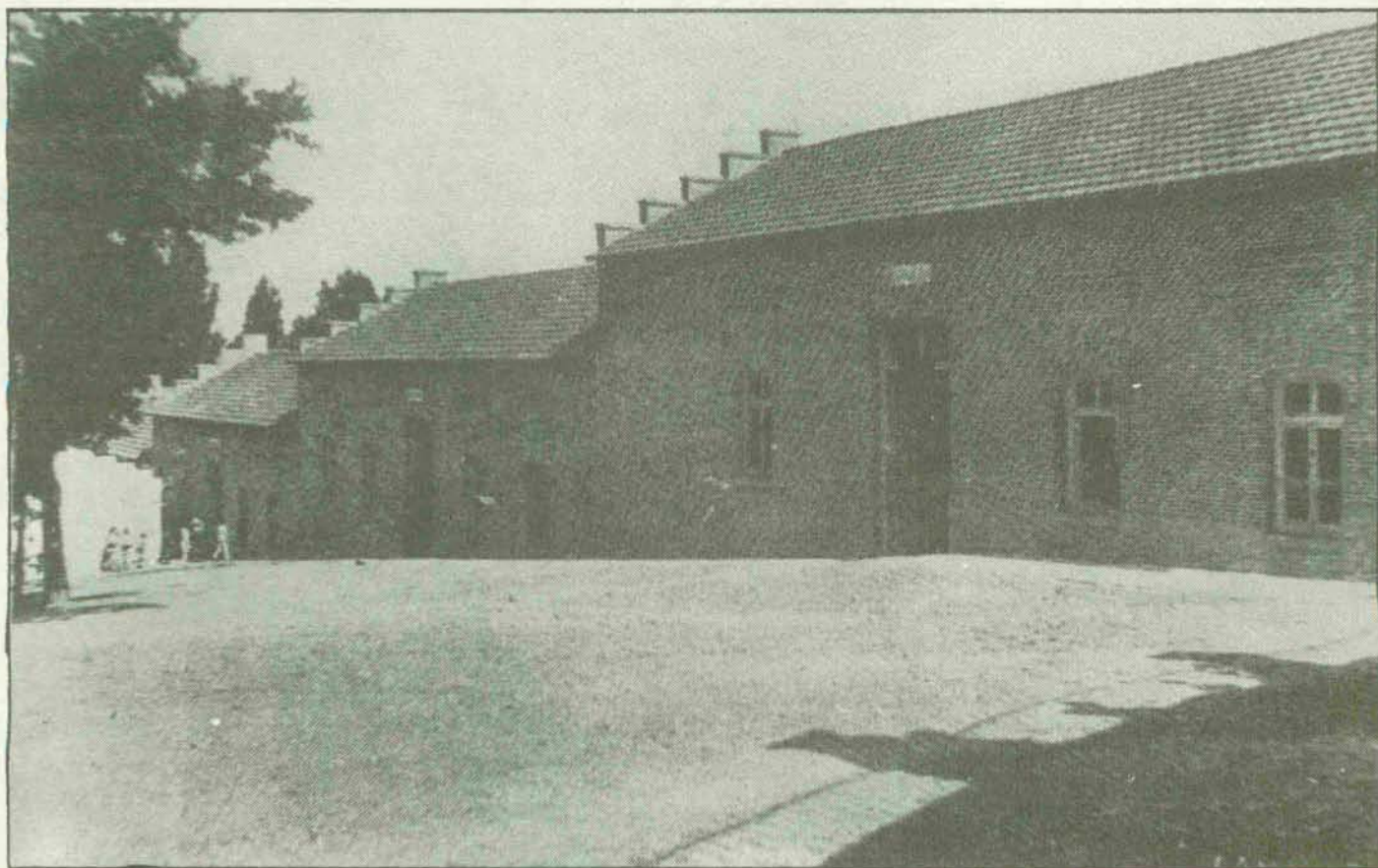
LA MUJER «SOCIAL»

Poco a poco se fue decantando el concepto tradicional de caridad y beneficencia, y aunque plenamente entroncado con aquél, se fue prefiriendo hablar de «lo social». En el fondo «lo social» no tenía de innovador más que el apelativo, más acorde con los tiempos que corrían, pero su trasfondo seguía siendo el mismo que había tenido lo caritativo y lo benéfico. Sin embargo, los escritores católicos se empeñaban en recalcar matizaciones

(3) *Casanovas, I.: Opus cit., pág. 86.*

imposibles entre una cuestión y otra. Elías de Molins afirmaba que para la cuestión de caridad bastaba sólo el buen corazón de la mujer, mientras que para la social se necesitaba «vocación decidida y preparación». Por ello, las señoras que se dedicaran a esto último necesitarían un adiestramiento en centros de acción social.

La urgencia de aclarar en qué consistía la «misión social» de la mujer, llevó a Arboleya Martínez a escribir un libro que tomaba la forma de contestación a la carta de una muchacha que se quejaba de que en la Juventud femenina y en su Círculo de estudios se hacía constante alusión a este concepto, sin que se concretara nunca el modo de actuación a emprender. Para Arboleya, lo social era «pensar en los otros, evitarles molestias, sacrificarse uno por los demás». Para ser totalmente so-



Detalle de los nuevos pabellones construidos en el Asilo de Santa Cristina, fundado en La Moncloa por el alcalde de Madrid, Alberto Aguilera. El establecimiento dependía de la Asociación Madrileña de Caridad. («Nuevo Mundo», 27 de junio de 1919).

cial, además de buena católica, la mujer había de ser femenina y hacer por merecer siempre «ese elogio que el P. Coloma hizo de **Fernán Caballero**». La misión social de la mujer había de comenzar en el hogar, rompiendo los prejuicios familiares que «los hogares burgueses» tenían contra las clases trabajadoras. Sobre la acción social femenina fuera del hogar, Arboleya indicaba que «su primera manifestación ha de ser el buen ejemplo (...). Perteneciente a una determinada clase social, que no carece de adversarios atentos, y a una religión rodeada de adversarios vigilantes, con sus actos puede la mujer, no digo ya sólo perder de su prestigio, pues esto tendría en todo caso menos trascendencia, sino dar pábulo a conclusiones lamentables, que un espíritu social prevé y evita... "¡Así son las

señoras! ¡Esas son las católicas!"...» (4).

El ejemplo de las señoras, desde luego, era muy importante para la feliz consecución de la preservación de los pobres de rebeliones antisociales y antirreligiosas, porque «¡cuántas pobres mujeres, naturalmente ignorantes, arrojó a la furia revolucionaria y blasfema el simple regateo inconsciente y desconsiderado de una "señora cristiana" a quien se ofrece en su propia casa el fruto de un trabajo penoso y lleno de peligros! ¡Cuántas "muchachas", violenta e inoportunamente despedidas, deben su total perdición a la impensada crueldad de un ama de casa nada social!» (5).

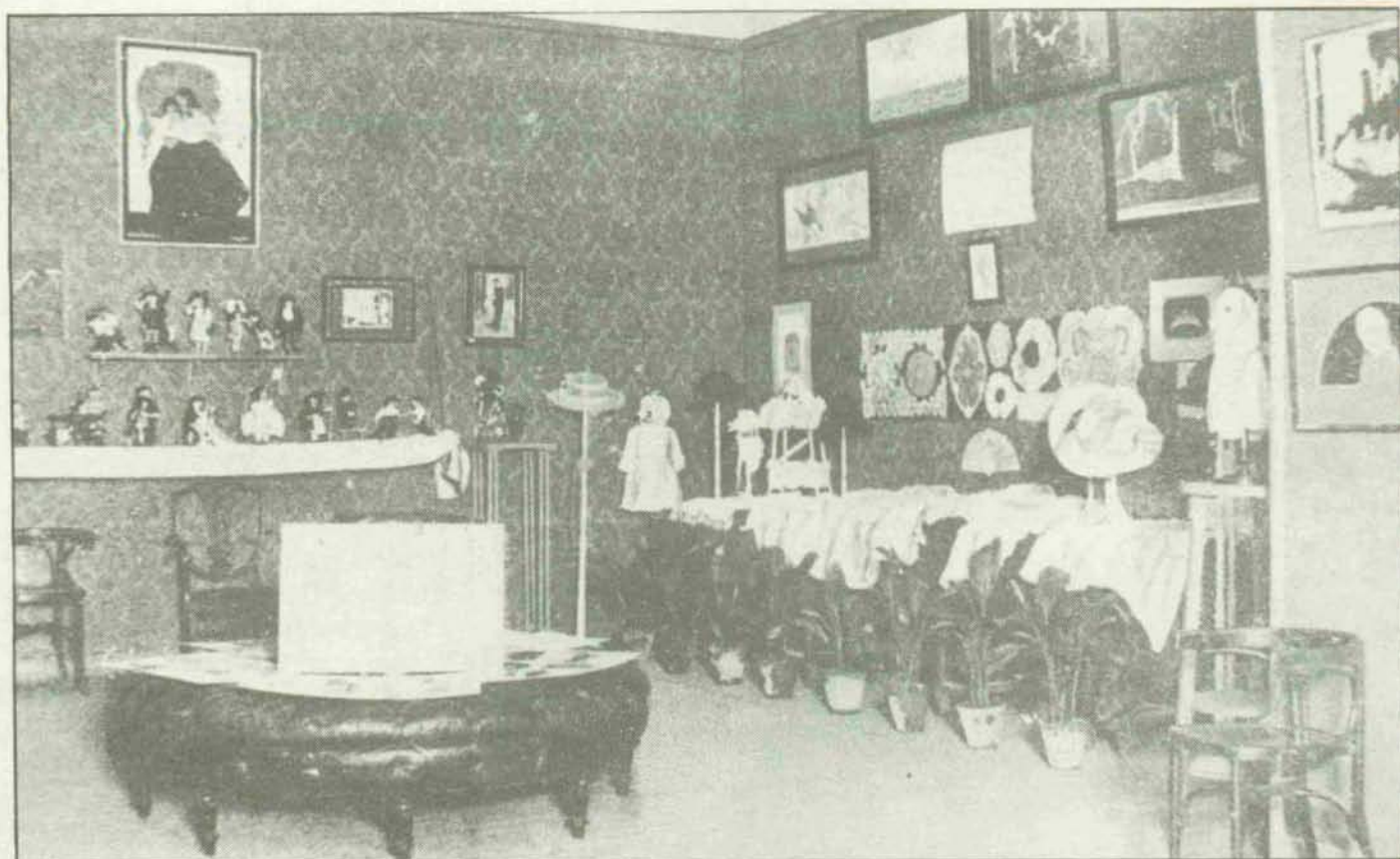
(4) *Arboleya Martínez, M.: A una muchacha que quiere ser social. Madrid, J. M. Yagües, 1935, págs. 181-182.*

(5) *Arboleya Martínez, M.: Opus cit., pág. 183.*

Un ejemplo bastante gráfico de lo que los católicos entendían por actividades sociales de la mujer nos lo ofrece J. Le Brun, colaborador de **La Paz Social**. Uno de sus artículos está concebido a base de diálogos entre una chica «social» y su padre, un burgués al que trata de explicar lo que entiende ella por obras sociales. Le dice que si ella fuera hombre «jamás abusaría de la abundancia del trabajo para dar menos jornal a mis obreros; señalaría en mis riquezas la parte que pertenece al pobre, no insultaría a los trabajadores con mi lujo, no abusaría del tiempo de mis subordinados, no haría que el peluquero me sirviese en días de fiesta, ni echaría al correo en sábado mi voluminosa correspondencia, ni me aprovecharía de la situación angustiosa de otro para explotar su trabajo, ni daría reuniones en



Fiesta organizada por la Junta de Señoras del Taller de Santa Victoria (Asociación de Santa Rita) y la Real Asociación de Beneficencia domiciliaria. («Nuevo Mundo», 13 de junio de 1919).



Exposición de bellos oficios, instalada en el local del Círculo de Bellas Artes, Plaza de las Cortes, y que fue inaugurada el 27 de abril de 1919. («Nuevo Mundo», 1919).

mi casa los domingos, haciendo con ello trabajar más en ese día a mis criados...» Al oponer el refractario padre que ella es mujer, la muchacha le contesta: «Como soy mujer, me será fácil no molestar a modistas y zapateros a todas horas y en día de fiesta, asistiré por el trabajo a otras pobres mujeres, cristianas como yo, no compraré en los grandes almacenes, centros de odiosa explotación de los pobres obreros, apoyaré con mis compras a los comerciantes humildes y católicos, cuidaré amorosamente de mis sirvientes, no les haré dormir en cuartos malsanos, no les regatearé sus derechos a la vida tranquilamente laboriosa y dulce, ejercitaré la caridad sin ofender al pobre...» (6). Como

(6) J. Le Brun: «¡Estas mujeres! (Páginas de la vida)». *La Paz Social*, 1909, p. 534-535. Le Brun publicó en otras ocasiones artículos del mismo estilo. A veces se trataba de cartas entre dos amigas, pero las tesis solían girar alrededor de los mismos temas.

se ve, toda esta enumeración de principios a mantener por la «mujer social», estaban basados en consideraciones paternalistas y tremendamente ingenuas de la justicia. Es de suponer que muchas mujeres intentaron, con un voluntarismo de buena fe, ser «sociales», pero sus propósitos reales no parece que fueran encaminados sino a no despertar demasiada envidia en sus subordinados y a suavizar, de un modo meramente formal, la explotación de que éstos eran objeto.

ACTIVIDADES FILANTROPICAS

Las obras de que se ocuparon preferentemente las mujeres «sociales», podemos dividir las, para su estudio, en obras de beneficencia, en su sentido y práctica más tradicional; promoción de montepíos, patronatos, entidades mutualis-

tas y asociaciones, encaminadas primordialmente a la ayuda y formación de obreras, trabajadoras de la aguja y sirvientas, y, finalmente, establecimiento de sindicatos católicos. Sin embargo, en el presente trabajo nos interesa reseñar las acciones puramente benéficas, por presentar las demás una problemática específica, si bien teñidas de connotaciones semejantes. Entre este tipo de obras, destaca la creación de asilos para niños, como los promovidos por el marqués de Aledo, a finales del siglo XIX. Ya en 1855 se había creado en Madrid, a instancias de Isabel II, la cuna de San Alfonso para los hijos de las cigarreras. La cuna estaba unida a la Fábrica de Tabacos y dirigida por hermanas de San Vicente de Paúl, con el sostenimiento de la Diputación Provincial. Posteriormente, la esposa de Amadeo de Saboya, doña María Victoria, hizo edificar un



La Reina Doña María Victoria, en 1872.

asilo para los hijos de las lavanderas.

El marqués de Aledo decía desconfiar de la beneficencia oficial, prefiriendo la caridad

privada. De hecho había en Madrid—que en 1909 contaba con medio millón de habitantes— más de 200 instituciones de caridad, en su mayoría ca-

tólicas. En los asilos del marqués se cuidaba de niños pobres en período de lactancia. Estaban regentados por monjas —Siervas de Dios— que causaban gran admiración en María de Echarri, militante católica, por tener la paciencia necesaria para soportar de 7 de la mañana a 8 de la tarde a esos niños díscolos que adolecen de los defectos de su padres, gente no muy buena a veces». A Margarita Nelken, sin embargo, no le parecían tan edificantes las obras benéficas llevadas a cabo por religiosas. Opinaba que éstas eran absolutamente ignorantes en este terreno y así la caridad que ejercían podía llegar a ser nociva. Ponia el ejemplo de Bélgica, país enormemente católico, donde las religiosas de los establecimientos benéficos tenían diplomas de enfermeras, maestras, etc. «Pero aquí no —escribía—; aquí un hábita da la omnisciencia, y así vemos a monjas, muy santas, es posible, pero poco más que analfabetas, haciendo de enfermeras, de maestras y hasta administrando fondos considerables. ¿Qué resulta con ello? Que los niños salen del asilo (...) sin saber nada; aptos únicamente para la mala vida...» (7).

Otra actividad de tipo benéfico muy difundida fue la confección de prendas para las familias necesitadas. En 1901 se estableció en Madrid la **Asociación general de talleres de caridad de Santa Rita**. Cada taller tenía su Junta respectiva. Había, además, una Junta directiva, cuya presidenta general era la marquesa del Pazo de la Merced y el director espiritual el agustino Salvador Joret. En 1906 la asociación contaba con 665

(7) Nelken, M.: *La condición social de la mujer en España*. Madrid, CVS Ediciones, 1975, págs. 154-155.

socias obreras y 436 socios y socias protectores. Hasta ese año se habían recaudado 82.516 pesetas, confeccionado 64.933 prendas y socorrido a 11.397 familias.

También la reina Victoria Eugenia fundó, en 1910, un ropero de caridad, el de Santa Victoria, que en quince años de funcionamiento llegaría a repartir cerca de dos millones de prendas entre quinientas mil familias pobres.

Por último, en este orden de cosas, conviene mencionar el **Taller-escuela de la Junta de Señoras del Ropero de la Sagrada Familia**, institución barcelonesa creada en 1917 con motivo del décimo año de existencia del Ropero de la Sagrada Familia. El taller-escuela estaba destinado a aprendizas y era «exclusivamente para niñas de la clase

más menesterosa». Al cabo de tres años de aprendizaje se entregaba un certificado. Las señoras de la Junta se encargaban de buscarles «el taller apropiado a sus aptitudes, a fin de colocarlas en las mejores condiciones morales y económicas». En el artículo 6.º de su reglamento se hacía constar que «las aprendizas que después de terminado el aprendizaje sean consecuentes con esta obra, lo cual demostrarán con su asistencia a la Misa los días festivos y a la Escuela dominical de la tarde, tendrán derecho a un ajuar apropiado, bien sea para contraer matrimonio o bien para entrar en religión» (8).

Cabe señalar aquí que muchos centros de caridad dedicados a la confección de ropas, reali-

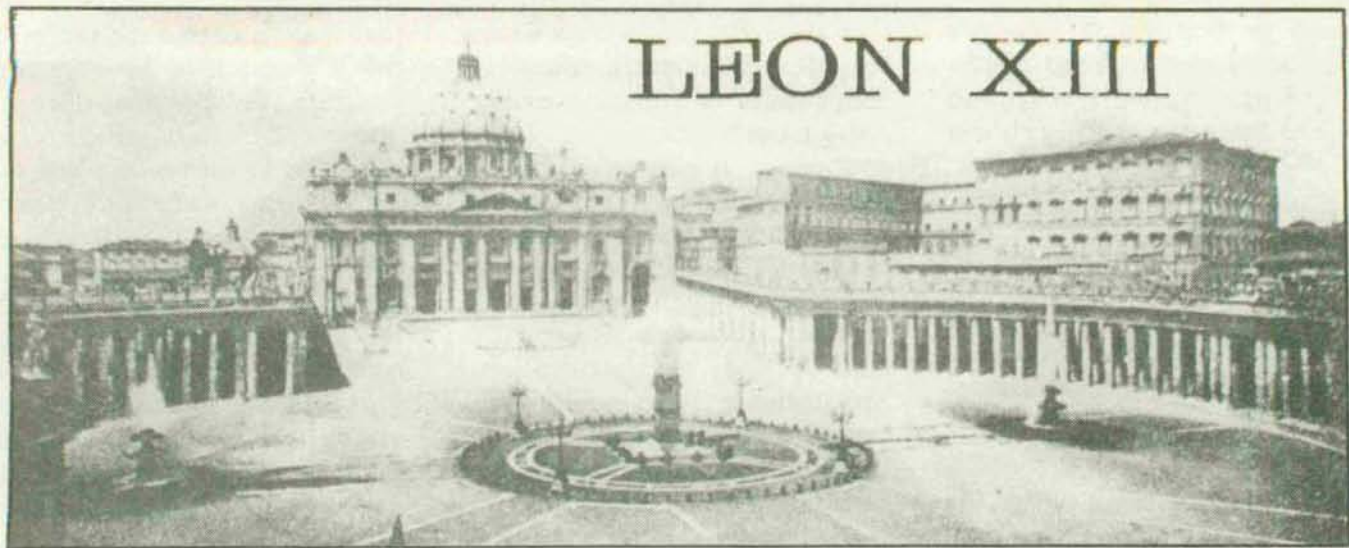
zaban una competencia perjudicial de cara a las trabajadoras a domicilio. La escritora Carmen de Burgos opinaba que estos centros **abarataban** aún más la mano de obra que las propias «arañas» (intermediarias entre el comerciante y la obrera). También Margarita Nelken se quejaba de la competencia de los establecimientos benéficos y religiosos, los conventos y asilos, «para quienes la retribución de la mano de obra no existe». Ambas escritoras coinciden en afirmar que las recogidas y asiladas de estos centros realizaban trabajos para almacenes a precios inverosímiles, siendo apenas remuneradas por las comunidades, que, además, contaban con recursos propios, con un salario escaso y una comida que «no era alimentación, sino fomento de anemia y tuberculosis».

(8) *Revista Católica de las Cuestiones Sociales*, julio 1925.



Baile de máscaras dado por un grupo de jóvenes aristócratas, en Madrid, con el fin de recaudar fondos para el mejoramiento moral y material de la clase obrera. («La Unión Ilustrada», julio de 1919).

LEON XIII



PLAZA DE SAN PEDRO Y EL VATICANO

A LREDEDOR del lecho en que agoniza León XIII una nube de temores y de esperanzas llena las amplias salas del Vaticano. A medida que avanza la agoría suenan discretos rumores de conversaciones apagadas: la palabra de los médicos se escucha con angustia; la guardia vela, la servilumbre va y viene en silencio; el camarero cierra con llave las habitaciones pontificias. El Papa muere y desde la cámara vaticana al último curato campesino, la figura de León XIII desaparece hacia la Historia y todos los pensamientos se fijan en su sucesor. Pero la simpática personalidad de Joaquín Pecci exige que olvidemos ante su agonía las consecuencias de su muerte. Al grande hombre que desaparece se le debe ese testimonio de respeto.

Durante su larga vida de noventa y cuatro años, no se han alterado un momento las notas características de su espíritu delicado y firme. El niño que dejaba la casa solariega de Carpineto para entrar en el Colegio Ro-

mano, el que deseaba aprender a escribir como Santo Tomás, el que vacilaba en aceptar las órdenes mayores procurando confirmar el concepto que tenía de su propia f

llevaba ya en germen al futuro delegado de Benevento, Nuncio apostólico de Bruselas, Pontífice de la paz y de la tolerancia universal.

Carpineto, con sus frondosas videtas su luminoso cielo, sus montes orientados hacia la cumbre alpina, inspiró a Joaquín Pecci el amor de la Naturaleza que no había de abandonar jamás. En sus versos latinos palpita siempre el mismo entusiasmo por idílica vida del campo libre. Las fuentes de Carpineto como la fontanilla de nuestro poeta, tiene grabada en la peña inscripciones lapidarias dictadas por una masa apacible y serena.

Desde la infancia aprendió Joaquín Pecci que la vida no es camino de rosas. Nació de familia aristocrática pero arruinada. Estaba acostumbrado a contemplar los retratos de sus antecesores: la beata Margarita Pecci,



LEON XIII
al ocupar la silla pontificia



En 1878



En 1894



En 1899



Aspecto que ofrecía la puerta del Consultorio «La gota de leche» el día en que se verificó el reparto de envolturas para niños pobres. («Nuevo Mundo», enero de 1905).

LA MORALIZACION DEL POBRE

En 1894 fue aprobada por Roma la **Asociación del Sagrado Corazón de Jesús y San Ignacio de Loyola**. Su objetivo era «instruir y moralizar a los pobres de los barrios extremos de la Corte» por medio de la enseñanza de la doctrina cristiana a los adultos y «promover los matrimonios canónicos entre los pobres que asisten a las doctrinas, extirpando las uniones ilícitas, que desgraciadamente tanto abundan en estos barrios».

La entidad tenía socias activas y honorarias. La Presidenta de honor era la reina **María Cristina** y socias de honor las infantas Isabel y María Teresa. Los fondos provenían

de las personas interesadas en la obra. Esta comenzó en el barrio de las Injurias, se extendió por Bellas Vistas, Vallecas y Vallehermoso, y llegó a instruir a un total de 8.000 hombres.

Para atraer a la gente a la asistencia a las «doctrinas», táctica muy habitual en este tipo de obras, dos veces al año —en Nochebuena y junio— se repartían bonos de comestibles y de ropa, respectivamente, entre los pobres. Estos eran también visitados dos veces al año en sus casas.

La aceptación de la caridad por parte de los indigentes de estos barrios, es difícil de averiguar. María de Echarri contaba la anécdota de que en una ocasión un niño, hijo de una pareja que no estaba casada, abofeteó e insultó a una de las

señoras que explicaba la doctrina. Pero ésta «cogió al niño en brazos y besándole preguntó: "¿Por qué me pegas? Si yo quiero mucho a los niños, si son mis amiguitos"... Y sucedió que al terminar la Doctrina y salir a la calle, se acercaron aquel hombre y aquella mujer que lo habían visto todo, y humildes y respetuosos exclamaron: "Señora, cuando usted quiera nos casaremos"...» (9). Pero este tipo de situaciones, en las que el amor cristiano siempre salía victorioso, hay que verlas con un sentido crítico, por la tendencia de los católicos, y concretamente de María de Echarri, como hemos observado en numerosos escritos suyos, a la hipérbole y al triunfalismo.

(9) *La Paz Social*, Tomo I, año 1907, pág. 80.



Don Gumeraldo de Azcárate, Presidente del Instituto de Reformas Sociales.

Otra fundación destinada a los obreros fue el **Instituto de Damas Catequistas**. Este fue creado en 1901 por Dolores M. Sopena. Empezó con ocho religiosas pero en pocos años se extendieron por Toledo, Carmona, Santander, Sans, Almería, Olaz, Barcelona, etc.

Entre los fines de la organización figuraba «la evangelización de las clases obreras por la enseñanza de la Doctrina Cristiana, instruyendo a los pobrecitos ignorantes y rudos que no aman a Dios porque no lo conocen». A pesar de ser religiosas, las fundadoras del Instituto, «cuando llega el momento de dedicarse a la vida activa, salen de sus conventos y con traje seglar se acercan a los obreros con el fin de inspirarles confianza, y no ahuyentarles con la vista del hábito religioso» (10). Esta concepción estaba muy ex-

tendida entre los católicos, lo que denota que sus actividades benéfico-sociales no siempre eran bien acogidas por las clases populares. En este sentido el P. Casanovas consideraba que la labor de moralización del obrero constituía «un nuevo género de feminismo, que todavía no se les había ocurrido a las hombrunas (sic) del campo socialista». En consecuencia, la predicación y la enseñanza era mejor desarro-

llada por las mujeres «allí donde no sería recibido el sacerdote, ni tal vez el hombre seglar» (11).

En el Instituto había dos clases de miembros: las catequistas, encargadas de la enseñanza de la doctrina, y las Coadjutoras, que desempeñaban los oficios manuales de las casas que mantenían abiertas.

(11) Casanovas, I.: Opus cit., págs. 51-52.

Fiesta en el salón de las Damas Catequistas.

Rimas.

No exhibas tanto las mangas:
ambien tiene el cielo estrellas
llega el día y se apagan.

¡Todo para los gusanos!
as manos que zahirieron
los labios que besarón.



¿Flores de amor mis ojeras?
Flores de odio. ¿No has visto
que son cárdenas y negras?

Cantó unruiseñor un día
en la selva, y sonrei.
Cantó ayer en mi ventana
y cuánto lloré por ti!

¿Tanto hablar y luego no
la que sazonar un fruto
que los hay de tostar?

¿Mas dicesme que me celas,
Si te engañan a ti misma:
¿qué no harás tu con nosotras?

de. Lalla JIMÉNEZ SOMOZA



Este periódico es propiedad de la Unión de Damas Catequistas, que se publica en el salón de las Damas Catequistas, con número de 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100.

(10) Véase *La Paz Social*, Tomo I, año 1907, págs. 288-289.

Fiesta en el Salón de las Damas Catequistas. («Gloria Femenina», Año I, núm. 5, Madrid, julio de 1920).

En el curso 1911-12 los Centros obreros de las Damas Catequistas eran 71, 43 para hombres y 28 de mujeres. Se calculaba en 23.391 el número de asociados, de los que 13.617 serían varones y 9.774 mujeres. Ese mismo curso las Damas habían preparado 8.851 comuniones y legalizado 258 matrimonios. En 1925 existían 45 Centros. Los obreros inscritos eran 17.818, las obreras 12.261. Las trabajadoras Hijas de María ascendían a 332; las señoras instructoras eran 1.147, las hono-

rarias 2.378, y las señoritas auxiliares 661. En orden a salvar las almas de los enfermos pobres y a procurarles auxilio espiritual y material, se estableció en la capital de España un **Patronato de enfermos**, formado por una Junta de señoras. Este se mantenía por medio de suscripciones que servían para facilitar los alimentos de los enfermos y proporcionarles camas, colchones, sábanas, mantas, etc. Contaba también con un servicio de médicos que, con un precio de 1, 1,50 y 2 pesetas

por asistencia, atendía a personas pertenecientes o no al Patronato. Como ejemplo de los buenos servicios del mismo, María de Echarrri contaba que «la madre de un **muy célebre socialista** —¡oh, si pudiera citar su nombre, y no sólo aquí, sino en más público lugar!— fue asistida por el Patronato, ya que su hijo, que tanto habla de humanitarismo, no se cuidó de ella, y murió confortada por los Santos Sacramentos, que pidió con insistencia, y que se le administraron aprovechando un momento oportuno» (12).

AYUDA A LOS HERIDOS

Es proverbial el interés que suscitaba en la reina Victoria Eugenia todo lo relacionado con el cuidado de los enfermos, máxime cuando la guerra de Marruecos causaba estragos entre los hombres que se veían en la necesidad de acudir al campo de batalla. Así, la reina impulsó la organización de la Cruz Roja en Africa, por medio de la duquesa de la Victoria. La modernización del material y las instalaciones (13) fueron el **leit motiv** de esta iniciativa, que con tan buenos ojos habían de ver las mujeres españolas. En 1925, la **Unión de Damas Españolas**, que además de católica y piadosa era fervorosamente monárquica, preparó un homenaje a la reina en el día de su santo. Para ello se recaudó dinero y se recogieron adhesiones en varias provincias y localidades del país. Las firmas de las que simpatizaron con la asociación, en este acto, dan idea de su extracción social. Entre las que firmaron se encontraban Esperanza G. Torres de

(12) *Revista Católica de las Cuestiones Sociales*, enero 1912.

(13) *Cfr. Campo Alange, Condesa de: La mujer en España: cien años de su historia. 1860-1960. Madrid, Aguilar, 1964, págs. 252-254.*



Fiesta en el salón de las Damas Catequistas. («Gloria Femenina», Año I, núm. 5, Madrid, julio de 1920).

Luca de Tena, la condesa de Romanones, la duquesa de Parcent, la duquesa de Vistahermosa, Constanza G. de Maura, la marquesa de Alhucemas, la condesa de Florida Blanca, la marquesa de Comillas, Catalina Urquijo de Oriol, la duquesa de Osuna, Carmen Sáenz de Heredia, Pilar Millán Astray, María Guerrero, etc. La Reina recibió a una comisión de la Unión que le entregó un donativo de 56.400 pesetas, recogidas entre 80.000 mujeres españolas, para los hospitales de la Cruz Roja.

Por su parte, también Acción

Católica de la Mujer recibió el encargo de la reina Victoria de la creación de la sección «Visitadora del herido». Esta se llevó a cabo en el Hospital Militar de Carabanchel de Madrid y en las provincias donde existían Hospitales Militares, ya que se suponía que los de la Cruz Roja estaban suficientemente bien atendidos. Las señoras visitaban dos veces por semana a los soldados para suplir a la familia ausente, proporcionándoles cigarrillos, pañuelos, caramelos, jabón, etc. De este modo las damas de la buena sociedad podían jugar a disfrazarse de

Florence Nightingale, lo cual incrementaba, sin duda, su encanto y feminidad. Todavía no hace tantos años que se daba un abuso, más que uso, de la imagen de Carmencita Franco y otras hijas de sonados próceres, fundando casas-cunas, presidiendo mesas petitorias y visitando a los enfermos.

LAS CHICAS DE SERVIR

Uno de los sectores femeninos obreros que contó con mayor número de asociaciones benéficas, además del trabajo a domicilio, fue el servicio doméstico. Muy tempranamente se creó la **Asociación católica internacional para la protección de las jóvenes**, primera organización femenina, católica y confesional que llegó a tener carácter mundial.

La Junta internacional superior estaba establecida en Friburgo (Suiza) y era ayudada por un Consejo compuesto de delegadas de cada nación y de Juntas nacionales, regionales, provinciales y locales. Al frente de la Junta internacional estaba la baronesa de Montenach.

La Obra fue introducida en España por la infanta Paz. La Junta española tuvo como presidenta de honor a la infanta Isabel y como presidenta efectiva a la marquesa de la Mina. Entre las principales misiones de la organización estaba el «salir a recibir a la estación, acompañar y proteger a aquellas que recomienda la "Asociación Católica Internacional para la protección de las jóvenes"», según rezaban los Estatutos aprobados por el obispo Guisasaola. Se trataba de amparar a las muchachas que llegaban solas a trabajar a una ciudad, donde se temía pudieran ser engañadas y explotadas. A tal fin, dos señoras de la Asocia-



Carmen de Burgos, «Colombine».



La duquesa de la Victoria, fundadora de la Cruz Roja en España.

ción, provistas de la insignia blanca y amarilla del Pontificado, esperaban en las estaciones más importantes a las jóvenes. De allí las trasladaban a una hospedería que, en el caso de la de Madrid (Hospedería del Patrocinio), acogía a cualquier muchacha «sin distinción ni de nacionalidad ni de religión—aunque a estas últimas se las tiene separadas—» y se las buscaba una casa donde entrar a trabajar. La Hospedería de Madrid empezó estando a cargo de las Religiosas del Servicio Do-

méstico, y pasó después, en mayo de 1904, a las Hermanas de San Vicente de Paúl. En cinco años se decía que habían llegado a albergar unas 800 muchachas. Los recursos venían dados por suscripciones mensuales.

En España, la organización estaba extendida por Madrid, Almería, Avila, Barcelona, Bilbao, Burgos, Córdoba, Granada, Guadalajara, Jerez de la Frontera, Málaga, Oviedo, San Sebastián, Sevilla, Toledo, Valencia, Valladolid, Victoria y Zaragoza.

Aunque la Asociación animaba a las jóvenes a permanecer en sus localidades de origen, porque «las falsas apariencias de un bienestar **que no encontráis** no os compensa el cariño de la madre que dejasteis, los consejos del padre, el calor de la familia», recomendaba a las muchachas que tuvieran que buscar trabajo lejos de su hogar, el no salir de él sin saber algo como coser, planchar, guisar, etc.; no dejar nunca las casas sin saber antes donde ir; precaverse frente a los anuncios y ofrecimientos



S.M. la Reina Doña Victoria Eugenia. («Nuevo Mundo», abril de 1917).

que pudieran hacerles, y, sobre todo, ponerse bajo la advocación de la Asociación y de la «Madre del Buen Consejo». Como se ve, estos intentos de acercamiento a la sirvienta estaban motivados, antes que nada, por la necesidad que veían los católicos de no dejar desamparadas a las muchachas, pues presumían que en la ciudad podían caer fácilmente en la prostitución. Se las cobijaba para que no se salieran del marco de la religión y se practicaba una beneficencia que poco aportaba al cambio

real de sus condiciones de vida y trabajo.

ALGUNAS «MUJERES SOCIALES»

El número de entidades benéficas y filantrópicas del período que estudiamos, es —como puede imaginarse— amplísimo. Aquí hemos tratado de presentar solamente algunas muestras más o menos representativas. Quedaría por enumerar el auxilio a los presos, las obras destinadas a

la prostitución, etc. Este último apartado merecería un estudio específico. Bástenos señalar aquí la existencia del **Patronato Real para la Represión de la Trata de Blancas**, fundado en 1902 y presidido por la reina María Cristina.

Entre las figuras femeninas más notables, ocupadas en obras de carácter filantrópico general, podemos citar a Dolores Monserdá de Maciá, fundadora del **Patronato para las obreras de la Aguja** en Barcelona; Francesca Bonnemaison, que llegaría a ser presidenta de la Sección Femenina de la Lliga Regionalista de Catalunya, impulsora del **Institut de Cultura i Biblioteca Popular per a la Dona**. Entre las aristócratas, la marquesa del Mérito fundó la **Asociación de obreras cordobesas**; la condesa de Montornés fue presidenta general de la **Protección de Intereses Católicos** de Valencia; la condesa de Santa Teresa presidía la junta directiva de **Protección de obreras católicas** de Sevilla; la marquesa de Unzá del Valle organizó la **Unión de Damas del Sagrado Corazón**; en **Acción Católica de la Mujer** colaboraban, entre otras, la condesa de Gavia, la marquesa de Rafal y la marquesa de Comillas.

Sin embargo, las actividades piadosas, en la mayoría de los casos, eran un factor más para coadyuvar al brillo social de estas mujeres. El marqués de Valdeiglesias comentaba que con la lista de las señoras del «todo Madrid» que acudían a actos piadosos «pudiera formarse casi la misma de las distinguidas señoras y juveniles beldades que figuran en las descripciones de los suntuosos bailes y los grandes banquetes» (14). La nieta de Antonio

(14) Escobar y Ramírez, Alfredo, *Marques de Valdeiglesias: 1875-1949. La so-*

Maura, Constanza de la Mora, que acabaría haciéndose comunista, refiere en sus memorias cómo sus padres la impelían a dedicarse a las obras de caridad, porque la vida de sociedad —actividad ineluctable para una joven de su clase— no llenaba plenamente sus inquietudes. Su propia madre, Constanza Maura Gamazo, pertenecía a la **Congregación de Marías del Sagrario**, a la **Asociación de Damas Católicas** —ambas dirigidas por los jesuitas—, y a las **Conferencias de San Vicente de Paúl**. Sin embargo, los contactos de Constanza de la Mora con estas organizaciones no hicieron sino defraudarla y enojarla. Las visitas a viudas, ancianos o huérfanos, acompañada siempre por una Hermana de la Caridad, para ofrecerles algunos alimentos, pusieron ante sus ojos la evidencia de un Madrid miserable. Así, escribe: «Durante aquel invierno fui víctima de tremendos remordimientos —sin llegar a comprender en qué consistía mi culpa—. Sentía una amarga vergüenza por la vida, tan vacía, que llevaba, y por no carecer de nada sin que me costase ningún trabajo; pero los que nos rodeaban y las mismas Hermanas de la Caridad daban a entender que, con unas cuantas visitas a los pobres y otras "obras de caridad", había más que justificado mi situación de privilegio. Incluso me llegaban a insinuar que aquellas personas que yo veía en mis visitas a los patios de vecindad no eran lo mismo que nosotros. Los pobres, eran considerados, en nuestro ambiente, como el producto inevitable de algo desconocido, que siempre había existido y continuaría existiendo, y de cuyo estado de cosas nosotros no teníamos la más mínima

ciudad española vista por el Marqués de Valdeiglesias. Madrid, 1957, pág. 84.

responsabilidad. Pero a mí, en realidad, no me acababa de satisfacer aquella explicación. La gente que yo conocía en tales visitas no me parecía diferente de los demás, y lo único que las distinguía era su miseria, suciedad e ignorancia» (15). Con todo, resulta

(15) Mora, Constanza de la: **Doble esplendor**. Barcelona, Ed. Crítica, 1977, p. 82.

evidente que la visión de esta mujer, sus reflexiones e inquietudes ante problemas que reclamaban una solución más allá de la mera caridad, era absolutamente excepcional entre las personas de su clase, que adoptaban una actitud meramente paternalista, con el apoyo de la religión y los parabienes de la Iglesia. ■
M. G. B.



La diputada socialista Margarita Nelken y Maubarger. (1896-1968).